



# RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE  
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

No  
puede  
ser

Consecuencia de la implantación de la República en España ha sido que las elecciones municipales verificadas bajo la presión del caciquismo hayan sido protestadas por los elementos democráticos, y, especialmente, por las organizaciones socialistas.

De las noticias que por diversos conductos se reciben se desprende que los desafueros cometidos por los elementos monárquicos van a ser convalidados por el ministro de la Gobernación, al menos en la mayoría de los pueblos.

En aquellos donde no haya organización socialista nada hemos de decir, por cuanto no es posible responder de los elementos republicanos que existan; pero en aquellos otros donde de manera activa intervengan nuestras colectividades y se quiera entregar el poder municipal nuevamente a los monárquicos, recomendamos a las fuerzas juveniles socialistas que, de acuerdo con las Agrupaciones, se nieguen a entregar el poder, si éste se halla en sus manos, elevando la correspondiente protesta al ministro de la Gobernación.

La Comisión ejecutiva de la F. N. J. S.

## Los nuevos republicanos

Han firmado su adhesión a la República estos días una serie de tipos que en el viejo régimen estaban fichados por la fuerza de izquierda como futuros presidiarios. Buena prueba de ello son las adhesiones de Martínez Anido, los Berenguer y otros señores perfectamente presidiarios.

¿Para qué necesita la República de esos individuos?

Estarían mejor acompañando al general Mola en Prisiones militares, en espera de que les juzgara sumarisimamente un Consejo de guerra.

Y si el Gobierno de la República creyera excesivamente duro este trato, lo menos que podría hacer sería no aceptar las adhesiones de tan flamantes republicanos. Unos republicanos que han sido lacayos de su majestad y que le han servido humildemente, no dudando en ametrallar a la juventud para satisfacer sus deseos. Unos señores que han ahogado en sangre todos los intentos de resurgir ciudadano, que asesinaron a Galán y a García Hernández, y a todos esos héroes anónimos, proletarios del laicismo, que son los únicos muertos de la revolución española.

Esos individuos no pueden adherirse a la República. La mancharían, porque llevan sobre sí un estigma sangriento. Tienen sucias de oro y sangre las manos. No pueden estar con la República.

Para los Martínez Anido y los Berenguer no hay lugar en una democracia. Ellos, a Prisiones militares, al patíbulo, o, en último caso..., a esa ridícula liga antirrevolucionaria que los turiferarios de El Debate y La Nación tratan de constituir.

Santiago CARRILLO

Después de los acontecimientos de ayer...  
hay que disolver inmediatamente la Guardia civil  
tiene que dimitir el ministro de la Gobernación.

## ¿DESAPARECE EL CACIQUISMO?

Se han nombrado Comisiones gestoras, que, con carácter provisional, se han puesto al frente de los municipios hasta tanto se revisen los expedientes y se dictamine acerca de la validez o nulidad de las elecciones.

La realidad nos ha demostrado que la única fuerza organizada seriamente en el país era la socialista. Si había, no podemos ni debemos negarlo, colectividades republicanas aisladas. Y sobre todo había en España un gran sentimiento de animadversión hacia la monarquía.

Los acontecimientos, no digamos que se han precipitado, pero sí se han producido con tal aceleramiento que no ha habido tiempo para nada. El derrumbamiento de los pilares sobre los que se asentaba la monarquía se ha producido, minados como se hallaban por la podredumbre que rodeaba al régimen caído.

Y nos hemos encontrado, al final de la jornada, con que había muchos pueblos, la mayoría, en que el sentimiento republicano no había llegado a condensarse en organizaciones. Y de aquí la gran dificultad para el régimen naciente.

Los partidos que ocupan el Poder necesitan disponer de núcleos constituidos que los representen en la vida

local. Y ahora han de surgir muchos. Pero ¿por quién están integrados?

Los caciques, esos tipos tan funestos en la vida política española, que con tal de dominar al pueblo no vacilan en cambiar su etiqueta política cuantas veces sea preciso, que lo mismo fueron liberales, que conservadores, que de la Unión Patriótica, ahora se dan cuenta de que aquello no representa nada, y con su baba inmundada se arrastran en antenas de despachos ministeriales o dependencias públicas.

De esta forma se ha podido conseguir que se desplace a los elementos socialistas de algunas Comisiones gestoras, entregándose éstas a republicanos *após 14 abril*, causando la medida la natural indignación en las localidades respectivas.

Las palabras de Alcalá Zamora, en quien reconocemos lealtad, no se hallan en relación con la conducta de los que se llaman sus amigos políticos. Amigos que no aspiran a otra cosa que a seguir explotando a la clase obrera. Y con sinceridad decimos que construir partidos políticos a base de que continúe el caciquismo no lo aceptamos, y en la medida que nos sea posible los combatiremos.

Mariano ROJO

## SIGNOS LAS CONSTITUYENTES

Ha llegado un momento difícil para el Gobierno provisional.

Porque en su afán de pacificar los espíritus está dando a los enemigos de la República excesivas libertades.

Y porque encubre, con el pretexto de la legalidad, a los que se pusieron ellos mismos fuera de la ley.

La noticia de que el Consejo Supremo de Guerra había revocado el auto de procesamiento contra el general Berenguer ha tenido un eco doloroso en la masa del pueblo.

«Una, dos, tres, ¡muera Berenguer!», fué el grito ingenuo que saludó la proclamación de la República. Ingenuo, pero profundo, y no sabemos lo que va a pasar si el Gobierno no ve medio de decir al pueblo que el responsable de Annual y de Jaca no está definitivamente absuelto.

Y si un día próximo, como lo hemos hecho ante el mausoleo de Pablo Iglesias y el Primero de Mayo, nosotros llamamos al pueblo de Madrid a manifestarse contra Berenguer, ¿qué hará el Gobierno? ¿Hará disolver por la fuerza pública la manifestación del pueblo, para defender la legalidad de los cuatro o cinco generales del Supremo?

También se dice que el ministro de la Gobernación va a convalidar el 95 por 100 de las elecciones municipales protestadas. En los pueblos donde los monárquicos obtuvieron una mayoría de pocos votos, gracias a coacciones repugnantes, se ordenará que el poder municipal les sea nuevamente entregado. Tampoco respondemos de lo que va a pasar. Desde luego, que no se cuente con nosotros para calmar los ánimos. Por el contrario, aconsejamos al pueblo republicano que no entreguen el poder, aunque los monárquicos de ayer se digan hoy republicanos de la derecha liberal, y, sobre todo, si es así.

Estamos en período revolucionario. Se imponen medidas de salud pública, aunque no sean estrictamente legales.

Si esas medidas no se toman, el pueblo, que ha proclamado la República, tendrá que hacer la revolución.

El pueblo de Madrid ha quemado hoy en la calle los autos de Albina, de Luca de Tena y del duque de Maura.

Por ahora, no se trata más que de autos.

Cuando un pueblo vence a una monarquía en unas elecciones organizadas por aquella es que, indudablemente, hay en la masa del país una verdadera superabundancia de votos republicanos.

Cuando, a consecuencia de esas elecciones, la monarquía entrega el Poder y sus representantes huyen, es que el caciquismo, aun reforzado, no logra vencer esa superabundancia de votos, y, por consiguiente, que es absolutamente imposible continuar.

Por último, cuando después de la proclamación de la República se achantean de una manera vil y los más asquerosos electoreros afirman muy serios que ellos, «en el fondo», eran republicanos, es que aquella monarquía está irremisiblemente perdida y no volverá a levantarse jamás.

Y si esto es así y tiene su representación en la actualidad política de España, ¿por qué perder el tiempo en defendernos de fantasmas, en vez de ganarlo mirando hacia el futuro?

Cuando un país da el paso que ha dado el nuestro, y sobre todo en la forma en que lo ha dado (no por una conquista violenta, por sorpresa del Poder, sino limadamente, legalmente, a base de razón), no debe verse ya la monarquía, sino solamente las realidades sociales que tiene planteadas, puesto que el nuevo régimen trae las máximas garantías de seguridad.

Por eso creo un error no haber roto ya la conjunción con los republicanos o no romperla antes de las Constituyentes. Yo he sido en su día un entusiasta de la unión; me cabe la satisfacción de haber sido de los primeros en predicarla, y hasta en una ocasión fui reprendido cariñosamente ante el Comité de mi Sección por haber firmado un manifiesto en el que varios jóvenes de izquierdas nos ofrecíamos a realizar una propaganda dentro de distintos partidos en pro de una alianza de todos para tirar al rey.

Pero ahora las circunstancias han variado. Ahora lo interesante es saber de una vez qué hay debajo de la opinión republicana española, cómo ha de ser la Constitución, en qué forma han de quedar nuestras relaciones con la Iglesia, qué se va a hacer de la tierra... Y para eso es necesario ver cómo se manifiesta el país y en qué forma se van a distribuir los distintos grupos de diputados en la Cámara; y de esto es de lo que no nos vamos a enterar en las próximas Constituyentes, porque, sin romper la conjunción, lo vamos a saber ya aproximadamente de antemano, y, por consiguiente, las va a hacer, aunque nos pese, sosas, determinadas, quién sabe si muertas.

Las próximas Constituyentes no nos permitirán averiguar la extensión de las ideas socialistas dentro de la República, puesto que su presencia en el Parlamento no dependerá de una elección popular, sino de un pacto, y a esto estará condicionada.

No es en el fondo una medida desacertada — ni de traición, como pretenderán algunos —; pero es una medida de una prudencia innecesaria, ahora que la monarquía ni colea siquiera y sólo vive en la mente de Juan Ignacio Luca de Tena.

En los momentos actuales necesitamos más tacto que nunca; más disciplina interna y más deslindamiento de campos que nunca.

La República sólo significa para nosotros, como dicen a diario nuestros maestros, poner los dos campos, proletariado y burguesía, frente a frente y sin trabas por medio, y, por consiguiente, hay que destruir sin piedad todo confusiónismo.

Hay que saltar cuanto antes este período, porque, aunque pone de manifiesto nuestra nobleza, digámoslo muy alto, puede perjudicar gravemente, con un retraso de nuestros ideales. Y este movimiento de intransigencia tenemos que realizarlo con más fuerza que nadie los afiliados a las Juventudes, aprovechando la circunstancia de que sobre nosotros no pesan las responsabilidades que la Historia echa sobre el Partido.

Rodolfo UBREGUN

¿Cuándo devuelve la prensa burguesa los anticipos reintegrables?

¿Sabe el Gobierno a cuánto asciende lo que deben "A B C" y "El Debate" al Estado?

Puede que sea bastante para nacionalizar esos periódicos.

## ¿CAPITAL O TRABAJO?



El principal factor del capital es el trabajo del hombre, pues es una cosa incontrovertible que el capital está constituido por el trabajo acumulado. Así lo han afirmado todos los grandes economistas y lo comprende cualquiera, con sólo que se detenga a considerar por pocos momentos lo que significa el esfuerzo humano.

Porque si toda riqueza procede de la tierra, ya que es muy cierto que por la fertilidad de los terrenos, por la fecundidad de los minerales y por otras múltiples circunstancias especiales en cada caso hay pueblos, hay comarcas, hay continentes naturalmente ricos, tales riquezas permanecerían ocultas, inexploradas e improductivas sin la industria del hombre, sin la inteligencia del obrero, sin el esfuerzo continuo de los productores explotados de la sociedad capitalista antigua y presente.

¿Capital o trabajo?... Para la vida lo más primordial es el trabajo, pues el capital no llega a cristalizar sin el trabajo. Día tendrá que llegar — no se ha de tardar mucho — para el capital en que se encuentre más solo y pobre que Diógenes, y entonces lamentará sus faltas para con los que han sido sus eternos explotados y perseguidos.



## OCHO HORAS La juventud y las reuniones de la Sindical

Ocho horas de trabajo, ocho de instrucción y ocho de descanso. La hermosa trilogía que durante multitud de años figuró como conquista económica al frente de nuestras rojas banderas, acaba de ser sancionada por un ministro socialista el día Primero de Mayo. La clase trabajadora española cuenta con una reivindicación más en su programa revolucionario. Pero...

Necesitamos que esta medida, estampada a fuerza de ataques contra el poder burgués, sea, más que un hecho escrito, una realización práctica. Que las ocho horas de trabajo no sean una burla más que la clase patronal neutralice por la cobardía de los obreros. El mantenimiento de la jornada legal juega esencial papel en la economía del proletariado. No sirven sofismas capitalistas. La producción de la mano de obra durante ocho horas es superior en calidad y cantidad a la de jornadas mayores. Lo han corroborado: la producción en sus múltiples aspectos y la investigación de los técnicos y patronos.

Ocho horas de trabajo son más que suficientes para mantener el nivel normal de los mercados. Y mucho más cuando el exceso de producción los mantiene abarrotados para negociar, en perjuicio de los productos, con la oferta y la demanda.

Ocho horas de trabajo son las que hay que mantener inexorablemente en la ciudad y en el campo. Ocho horas son las únicas que deben desgastar el esfuerzo muscular y cerebral de todos los trabajadores; ocho horas son las que deben trabajar todos los parásitos del capitalismo que viven a cuenta del sudor ajeno. Y si con esta producción no se consigue atenuar el paro, o se mantiene una superproducción que perjudique el nivel de vida, habrá que reducir aún más la jornada, pidiendo la semana de cinco días.

Como, de todos modos, el desgaste prematuro originado por algunas clases de trabajo exige una jornada inferior a la de ocho horas, bueno es que las Juventudes vigilen e impidan el trabajo superior a la jornada.

Ocho horas de rendimiento para todos los trabajadores, sea cual fuere su clase y condición.

Siete horas para los obreros de mar y de la mina, como igualmente para los jóvenes hasta dieciocho años. Y un trabajo extensivo y continuado para preparar rápidamente una campaña intensiva en pro de la semana de cinco días.

## Cuidado con los "veletas"

Todos sabemos que en las pasadas elecciones municipales hubo en nuestro Partido algunos que se vendieron a la burguesía.

También sabemos que otros elementos políticos se han colgado a nuestras filas tal vez (¿quién sabe?) porque vieron la posibilidad del triunfo a nuestro favor más seguro que en la monarquía. Bien venidos éstos y desgraciados aquéllos.

Digo que desgraciados los vendidos porque, con seguridad, el que así obró, o estaba muy necesitado, o el patrono lo tenía subyugado a fin de obtener un sufragio más en su favor. En cualquiera de estos casos, ¿qué mayor desgracia cabe que no ser libre ni para emitir su voto en favor de quien le dicte la conciencia y estar bajo el capricho despótico del tirano, amparado por la ley?

Los que han llegado a engrosar nuestras filas reciban mi más grata enhorabuena, pues con ello demuestran que les va ilustrando el Socialismo en el camino del bien y la verdad que todos perseguimos.

Después de un triunfo como ha sido el del Partido Socialista y coligados, no será extraño notar las adulaciones y muestras de entusiasmo en los políticos (veletas), procurando a toda costa entrar con nosotros a colaborar, aunque sólo aspirarían a crearse partido, no común, como nosotros, no para levantar al pueblo de donde ellos lo sumieron; ellos, al colaborar nuevamente, aunque con nosotros, si fueran algo, algún día, seguirían aún más rigurosamente su censurable conducta y sus malignos e intrigantes sentimientos.

Por eso hay que hacérselo notar al pueblo para las elecciones a Cortes. Conque ¡ojo a los de los cambios de camisa!

Por último, si vale algo esta opinión, cuenten con mi oposición los ex-monárquicos aspirantes a ingreso en nuestras filas, y mi más enérgica protesta si se les confía algún cargo importante.

Julían ROMERO Y ROMERO

Granja de Torrehermosa.

## SACERDOTES, NO

En la nota oficiosa de uno de los Consejos de ministros celebrado días pasados se expone un proyecto que, con la intervención de la Presidencia y los ministros de Trabajo y Gobernación, habrá de convertirse en decreto que rija la futura lucha electoral para las Cortes constituyentes. En él se expresa que podrán ser elegibles los sacerdotes.

Y a nosotros, jóvenes socialistas, esta reforma nos parece injusta, y aún más, absurda, tratándose de Cortes que van a redactar una Constitución de cuyo espíritu más o menos democrático dependerán la vida y la actuación futura de España; tratándose de Cortes que habrán de someter a votación, en primer término y con carácter trascendental, la separación de la Iglesia y el Estado; de Cortes que en todos los problemas que traten—enseñanza, economía, etc.—habrán de analizar y disgregar el problema religioso.

Nos parece injusto situar a los sacerdotes en estas Cortes en una situación altamente favorable de juez y parte. Pero nos parece absurdo que, habiendo tenido en cuenta que en el programa de nuestro Partido figura con carácter irrevocable no sólo la separación de la Iglesia y el Estado, sino la disolución de las comunidades religiosas, con incautación de sus bienes, se pueda poner la firma de un ministro socialista al pie de un decreto con el cual puede crearse un indiscutible peligro para la lucha parlamentaria.

El voto a los sacerdotes, acordado por un Gobierno conservador, sería combatido por nosotros dentro de nuestro programa. Más lo tiene que ser aquí, puesto que el sacerdote, por el hecho de elegir esa profesión, de tener determinados fueros y privilegios, está en una situación de superioridad respecto de los demás ciudadanos. Es muy lógico que haya en el Poder hombres que en defensa de sus convicciones religiosas creen que basta con propugnar la libertad de cultos y estimen ineficaz o contraproducente esta elemental separación de la Iglesia y el Estado. Pero no debe triunfar este criterio como medida electoral que pueda decidir las votaciones a favor de cierto sector de opinión. Aunque los demás partidos republicanos aparezcamos unidos ante este punto concreto, que cuenta con las simpatías de los republicanos históricos, nos basta con introducir en la ley Electoral la incógnita de la actuación de la mujer, que, acaso por falta de preparación, por exceso de conservadurismo nato y temperamental, no se decida valientemente a luchar contra los prejuicios. Pero introducir un elemento cuya actuación es de sobra conocida, que dificultaría con su fuerza numérica en la votación todos los problemas que a España se le plantean; cargar a las Cortes constituyentes con el lastre de la parcialidad, eso no debe hacerse.

Si no se vacila en hacer del decreto electoral un arma de combate que reduzca y casi anule la potencia monárquica que luce, no debe vacilarse tampoco en independizar el espíritu de esas Cortes, acercándolo a los anhelos del pueblo. No se ha firmado aún el decreto. Recapaciten los ministros sobre el problema que a España puede plantearse. La tranquilidad de la nación, la confianza de las masas ciudadanas valen bien unos momentos de reflexión y la retirada de unas palabras. Hoy, el pueblo necesita tener libre y desbrozado el camino para acercar a España a las mínimas conquistas de independencia y de civilización.



En las dos manifestaciones de Madrid, la de Pablo Iglesias y la del Primero de Mayo, el servicio de orden estaba a cargo de la Milicia Socialista creada por la Federación Nacional de Juventudes.

Dejemos a los republicanos constituir «Guardias Cívicas» más o menos hipotéticas. Y formemos en todas partes las Milicias Socialistas para defender a la República y—si es preciso—al Socialismo.

## DESPUÉS DEL PRIMERO DE MAYO

¡Trabajadores! En este Primero de Mayo, obedientes al acuerdo tradicional, hemos descansado de nuestra ruda labor para detenernos a meditar sobre nuestra obra realizada, que, aunque grande, es preciso acelerar más, mucho más, hasta estar en condiciones de absoluta independencia económica.

Es necesario que todos los proletarios despleguemos la bandera de nuestro ideal, para romper la cadena que nos ata a los muros del trabajo, mientras el valor de percepción cada día disminuye, mientras las mercancías van a parar a los almacenes sin salida.

El hombre, sin libertad política y económica, continúa convertido en una máquina inconsciente, contra lo cual hemos luchado, luchamos y lucharemos hasta nuestra completa emancipación.

Primero de Mayo. Día en el que el proletariado del mundo hace su afirmación de clase y demanda a los Poderes antagonistas constituidos unas reivindicaciones de momento. Día en el que los trabajadores del mundo hacen una demostración de sus fuerzas, unidos, disciplinados y preparados para asumir en día no lejano la disposición de los medios de producción y de cambio, destruyendo los órganos de la sociedad imperante para construir sobre sus escombros la sociedad nueva, donde puedan regir la justicia y la verdadera libertad, que no se obtienen sin la socialización inmediata.

Primero de Mayo. Día en el que todos los parías hacen la llamada a sus

camaradas para declarar la huelga voluntaria en todo el mundo, probando ante el capitalismo que sin nosotros la producción tiene que pararse, por falta de dinamismo; que nosotros, los despreciados, lo somos todo.

Jóvenes proletarios del mundo: Que nuestra unión sea una realidad.

La verdadera libertad de los pueblos llegará el día en que todos los hombres, y cada uno de por sí, hayan logrado su libertad económica. Mientras, libertad política sin libertad económica es tan sólo media libertad, porque al productor con hambre le vale bien poco o nada, ya que se entregará al tirano de la economía incondicionalmente.

Meditemos que nuestro único enemigo, en el momento que se halle en la agonía por nuestra presión, no entregará voluntariamente las llaves de su fortaleza, sino que llamará a mercenarios para que le defiendan, buscando en los prejuicios e intereses artificiales de los hombres el apoyo que no ha hallado en la convicción ciudadana.

¡En pie de guerra, camaradas! A luchar contra las contradicciones de la economía capitalista, contra la reacción y el retroceso en la legislación social, contra el movimiento fascista del mundo, contra la preparación latente de una nueva guerra.

Que en todo el mundo resuenen nuestras voces: ¡Viva el proletariado universal! ¡Viva el Primero de Mayo! ¡Viva la libertad económica de los hombres!

La emotividad que ha producido en todo el país la proclamación de la República que ha dado al traste con la monarquía borbónica ha hecho olvidar, aunque no sea más que momentáneamente, a algunos camaradas el cumplimiento de sus deberes como hombres de ideas socialistas. Claro es que no creemos que los errores que puedan cometer esos camaradas sean intencionados, sino más bien creemos que son hijos de un estado de inconsciencia momentánea, impuesta por las circunstancias. Ello lo demuestra fehacientemente—y celebráramos que hubiese alguien que nos hiciese creer lo contrario—el hecho a que nos vamos a referir.

Por aquellos días—me refiero a los de la proclamación de la República—algunos jóvenes han esparcido unas hojitas, en forma de pasquines, que repartían profusamente por algunas calles de Madrid. Ello no nos extraña, por cuanto suponemos—perdonad, jóvenes republicanos, si erramos en la suposición—que han sido repartidas y hechas por los jóvenes republicanos, a los que, después de todo, no preocupa más que la consolidación de la República.

Lo que lamentamos es que el órgano del Partido Socialista, *El Socialista*, recoja esas hojitas y las reproduzca en el mismo, y en especial una que dice así: «Compañero: Quien te hable ahora de reivindicaciones es un insensato, o un malvado; desde luego, un traidor. Cada momento tiene su inquietud, y la actual no puede ser otra que consolidar la República.»

Es decir, que para la consolidación de la República es preciso, según parece, prescindir de las reivindicaciones que aspira a obtener la clase tra-

bajadora. No acertamos a explicar el asunto. Porque precisamente *El Socialista* publica esa hojita en «entrefilet» en el número extraordinario del Primero de Mayo, número que corresponde a la llamada Fiesta del Trabajo, en cuyo día la clase proletaria se afirma y lucha por la consecución de sus reivindicaciones, elevando a los Poderes públicos—este año, como todos, lo han hecho—aquellas que estiman de más urgente logro.

En los momentos en que escribimos estas líneas, el Sindicato Nacional Ferroviario celebra su Congreso en Salamanca, en el que se han planteado problemas de reivindicaciones del obrero del carril, tales como la nacionalización de los ferrocarriles, admisión de los seleccionados del 17, retirada de los soldados en servicio activo, jornada de ocho horas, aumentos de sueldos y jornales, etc.

Y no es que se hayan planteado ahora estas reivindicaciones. Son de mucho antes. De tiempos lejanos. Pero que ahora, que impera un régimen republicano, es natural—ocioso resulta decirlo—que los obreros ferroviarios se dispongan a luchar por su logro dentro de la justicia que la concesión de ellas requiera. Y no hace muchos días que una Comisión del Sindicato visitó al Sr. Albornoz, como ministro de Fomento que es, para darle cuenta de ellas. Y en igual caso que los ferroviarios se hallan los obreros del mar y toda la clase obrera.

No hace falta, a nuestro juicio, aducir más razones que las que, de manera exageradamente somera, dejamos apuntadas. El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores luchan por el logro de sus reivindicaciones. Y sin que ello implique crear conflictos a la naciente República, las están exponiendo a la opinión y reclaman del Poder la pronta concesión de las mismas.

Que los republicanos hagan esas manifestaciones por medio de esos pasquines no nos extraña. Después de todo, a ellos sí que preocupa «solamente» el consolidar la República. Pero que *El Socialista*, órgano central del Partido, se haga eco e interprete de lo que dice ese pasquín, publicándolo en sus columnas, no nos parece propio de él. Los socialistas trabajamos y trabajaremos por consolidar la República. Pero el que luchemos ahora, y sigamos luchando, por el logro de nuestras reivindicaciones, las reivindicaciones del proletariado, no debe ser causa de que seamos malvados, insensatos y traidores... Cumplimos, al hacerlo así, con nuestro deber, porque creemos que, ante todo y sobre todo, somos socialistas...

Sócrates GOMEZ

## Los reformistas

En la prensa de estos días pasados se leía que los reformistas harían gestiones para tomar parte en el bloque que parece que se va a formar entre los socialistas y republicanos, para tener más segura la victoria en las próximas elecciones de Cortes constituyentes, «ya que somos—dicen ellos—un partido de izquierda».

Yo creo que no se les debe dar cabida en ese bloque electoral, pues en las pasadas elecciones municipales ellos no formaron parte de la Conjuración de partidos antimonárquicos porque no sabían cuál de los dos bandos vencería, si los monárquicos o los antimonárquicos, y por eso fueron solos a la lucha electoral, pues si hubieran sabido quién venía se hubieran unido con él.

Por eso, ahora que hemos vencido nosotros, se nos quieren unir, pues los reformistas estaban a caballo sobre la tapia para ver cuál de los dos bandos venía, y hacer lo que quieren hacer ahora. Por el contrario, si hubiesen vencido los monárquicos, se habrían ido con ellos.

Si los reformistas tomaran parte en esa coalición de monárquicos que se está organizando ahora, lo harían con más razón, porque ellos son monárquicos, ya que se fundó este partido para transformar la monarquía que era casi absolutista en una monarquía democrática, como la de Inglaterra o Bélgica. Creían ellos que sería un medio de prolongar su vida. Puede que hubieran acertado; pero como el ex-monarca lleva en sus venas sangre de absolutistas, no lo consiguieron, para bien de la causa republicana y socialista, pues si la monarquía absolutista se hubiera convertido en monarquía democrática, hubiéramos tardado bastante más en tener nuestra querida República.

Visto esto, en el momento en que ha desaparecido la monarquía, y siendo tan difícil una restauración, los reformistas ya han terminado su misión.

Por lo tanto, el partido reformista debe desaparecer o aliarse a esa Liga monárquica, que creo que se llama Acción Nacional, para luchar por la restauración monárquica y una vez lograda ésta, cosa que nunca se conseguirá, dar a la monarquía un matiz democrático.

Por estas causas es por lo que creo que no se debe acoger a los reformistas en el futuro bloque de los partidos republicanos y del Partido Socialista.

Francisco REDONDO

SALCEDO

## Juventud y realidad

La juventud española, baluarte contra las tiranías pasadas, no debe seguir estancada en estos momentos de decadencia por que España atraviesa, en estos momentos en que la vida nacional está en un trance de vida o muerte, en la que tanto la libertad de pensamiento, como la libertad ciudadana, como la justicia y la tranquilidad de los hogares, están en manos de unos cuantos privilegiados que lo mismo pisotean una Constitución que se otorgan honores indignos de ostentarlos, cuando han llevado a España al borde del precipicio, donde debían haber llegado al nacer, y cuando no han sabido evitar que la sangre española bañara los campos africanos, y cuando tampoco han sabido prever que el rocío de esos campos ha servido para fortalecer los espíritus y templar en el sufrimiento a otra juventud de hoy, hombres del mañana, mañana no lejano, que indudablemente tiene que dar al traste con este estado inhumano y acabar para siempre con un régimen indigno de un pueblo civilizado.

La juventud encontrará en ese camino empezado y tan largo, pero presta a recorrer, por sus años mozos, muchos obstáculos; mas todos los sabrá saltar y apartar hasta llegar a la meta, meta donde siempre se ha estrellado la justicia y fuerte donde se guarecen los que, amparados por la fuerza, sostenida por el sudor de los débiles, tratan de defenderse ante la avalancha de los pueblos, armados con la razón de la verdad y la justicia, arma más hermosa mil veces que todas las maquinarias mortíferas que haya podido precevar la mente inhumana de un hombre para la destrucción de los pueblos, ya que nunca supieron construirlos y engrandecerlos; y por eso la realidad ha invitado al fuerte de la realeza a desalojar lo que por su falta de táctica y sentimientos humanos no le pertenece; pero si no hicieran eco del clarín de la juventud, entonces será asaltado y, coronando la cima más alta, ondeará la bandera roja, triunfo de la revolución social, en la que, aparte de haber vengado a los mártires de la libertad, será principio de una España con horizontes democráticos, en la que su soberanía se apoyará en la voluntad de la ciudadanía nacional.

GARGOS

VIRGLIO

¿EN QUÉ FUNDAN LA MONARQUÍA?

Al hacer esta pregunta nos referimos, claro está, a esos jóvenes que, sin saber qué es lo que defienden, se llaman monárquicos. Pronunciar esta palabra no mueve a uno más que a reírse o compadecerlos. Creemos lo último. Llevar esa idea — no ideal — en la mente es tener la juventud atrásada en lo menos dos siglos. Pero ¿tendréis el valor de declararos partidarios de lo que siempre ha estado putrefacto, corrompido? No lo creemos. U os mueve un interés personal, o sois esclavos de una educación ofuscada, incomprendible — por lo que no es educación —. No sigáis por ese camino; torced, escoged otra ruta, porque, de lo contrario, no haréis más que aproximarnos al abismo, donde acabaremos por perder completamente la conciencia. Vosotros, los que concurríais a los mítines — que no conseguíais llenar —, los que ibais a escuchar y a tomar el ejemplo de vuestros «maestros», ved cómo cambian de antifaz y se escurren en los lugares donde no puedan distinguirse — trabajo inútil —. Ved cómo no se acuerdan de sus pobres discípulos y se alejan hacia donde poder seguir haciendo más negocios. Observad cómo es tan fácil que un monárquico se vuelva republicano (?), como difícil es que un republicano o un socialista se adhiera a la monarquía. Esto jamás, nunca.

Días ha habido — lo que duró la monarquía — muy difíciles para los que defendían y defienden la libertad y los derechos de los trabajadores, principalmente para los socialistas. Tan difíciles, como depender la vida de algunos de un momento a otro. Siempre fueron perseguidos; por el más insignificante motivo frecuenta-

ban las cárceles. ¿Desfallecieron? Nunca. Al contrario, lucharon incansablemente por despertar al pueblo, quien sufría con calma los latigazos de un déspota. Esta calma fué la que descompuso a la monarquía.

Miradlos y vedes trabajar sin descanso, con la conciencia tan limpia y la frente tan alta como siempre. Otros han muerto sin ver algunas de sus aspiraciones realizadas. En cambio, morían tranquilos, porque sabían que dejaban un Partido Socialista muy potente y un proletariado dispuesto siempre a conquistar sus deseos. Tal fué la nota del 14 de abril, fecha memorable.

¿Por qué no gritan ahora los que se llaman monárquicos? ¿Por qué no pregonan con la libertad de antes lo que dicen que representa el orden, el derecho, la libertad, etc.? ¿Lo conocen acaso ellos? De esto no usan; es extraño, para éstos, que todavía los han dejado sueltos.

Mientras existió la monarquía — funesto recuerdo — todo fueron sinsabores, amarguras, juramentos del pueblo, verdadero soberano. No imperó en ella más que el resorte de la destrucción, movido por un imbécil, por esto, déspota. Nació la República, y hubo orden, armonía; en los rostros se refleja la satisfacción y la alegría de todos. Esto es lo que queremos.

Jóvenes monárquicos (?): pensad. No os llamamos porque seguros estamos de que no podréis desarrollar ninguna actividad; vivís en las más completas tinieblas. Os cegarán. Vuestra conciencia no podrá desplegarse nunca hasta conseguir el grado de llamarnos jóvenes. Lo lamentamos.

V. NIETO C.

LA PROSTITUCIÓN, LACRA SOCIAL

Al tratar del feminismo, existe para nosotras, las mujeres, un tema interesante, y que, aparte de sus otros caracteres, tiene una honda importancia social: es el de la prostitución.

Los hombres que al leer estas líneas se crean un tanto culpables de mantener latente esa dolorosa institución deben sentirse un tanto aliviados ante el hecho asombroso, pero digno de ser analizado, de que la prostitución surge con las costumbres religiosas. Desde las prostitutas sagradas o hieródulas, que se vendían para conciliar los favores del Dios, y de que nos habla Herodoto, como costumbre de casi todos los pueblos, excepto los egipcios y los griegos, hasta los cuerpos organizados de prostitución en los siglos XIV y XV, con la más absoluta y especial tolerancia y fomento por las autoridades religiosas, la prostitución va siempre unida en la historia y en la vida del hombre con la religión.

Se cita el caso curiosísimo de que nos habla Huntington Cairns, de que en la ciudad de Avignon, bajo el patronato de la reina Juana de Nápoles, había un burdel que se regía por las mismas reglas que se observaban en los monasterios. Y Briffault nos amplía detalles sobre este curiosísimo hecho, escribiendo: «Sólo los buenos cristianos eran allí admitidos, estando excluidos los judíos y los infieles; y el Viernes Santo, y por Pascuas, cerraban.»

Los conceptos de una falsa moralidad, de una honradez absurda, que construyeron a la mujer ante el temor al escándalo — única enseñanza que la Iglesia se ha preocupado de proporcionar —, hubieron de obligar al varón, al que la Iglesia misma toleraba y aun exaltaba en sus libertades, a buscar satisfacciones a sus impulsos sexuales antes de constituir un hogar. La Iglesia misma, siempre atenta a las menores necesidades de sus fieles, satisfizo en este caso también sus legítimas aspiraciones, y creó, indirectamente, el cuerpo de «prostitutas», y con ello una de las más terribles lacras de la sociedad actual.

Nosotras, las mujeres, que luchamos con tesón por el definitivo respeto de nuestros derechos, no podemos olvidar jamás en nuestra campaña a esas otras mujeres, víctimas de una injusticia social, carne de hospital, lacras de la humana inconsciencia, y que, arrojadas de todas partes, van a caer en el lodazal del vicio por el fatalismo a que nosotras, las demás mujeres, las empujamos con nuestra actitud.

Es justo que nuestra campaña, nuestras primeras protestas, vayan dedicadas a esas compañeras de sexo a las que nunca les ha llegado un halo de ternura ni aun siquiera de consideración y de piedad. Yo estimo que todas las mujeres, por el mero hecho de serlo, contraemos también una obligación de luchar con la palabra y con la pluma, dentro de nuestras fuerzas, por apartar de nuestra sociedad esa dolorosa institución de la prostituta, víctima de la «majeza» de un señorito libertino, o producto trágico de una enfermedad que al corroer su naturaleza ha minado hasta su menbr asomo de moralidad y de conciencia.

HILDEGART



LIBROS Y REVISTAS

La acumulación del capital, Rosa Luxemburgo; C. I. A. P., Ediciones Hoy; 5 pesetas.

He ahí una obra magnífica, en la que una mujer de portentoso cerebro continúa y perfila la tesis política y económica de Carlos Marx. «El capital», de Marx, es, sin duda, una obra muy poco conocida. Urgente sería acometer la empresa de vulgarización de sus doctrinas, poniéndolas al alcance de los trabajadores en el precio, en la magnitud y en la comprensión. La obra de Rosa Luxemburgo es, ante todo, muy clara. La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, que la ha impreso, le ha puesto una cubierta blanca, de un blanco nítido, sobre el que unas líneas rojas subrayan el título y el glorioso nombre de la autora. Y eso es, en síntesis, la obra. Una obra clara, sencilla, expresiva, en la que hay unos senderitos rojos de convicción en las consecuencias que se extraen.

Kautsky es el mejor discípulo de Marx. Pero Rosa Luxemburgo es una adaptadora de las doctrinas del maestro a la realidad de nuestro presente. Los fenómenos económicos y sociales de todos los países, al analizarse en ella, señalan para los trabajadores y los marxistas una línea de conducta, una preparación para el futuro.

Lo esencial de la obra socialista, lo que distingue su programa del republicano, por encima del contenido económico de que éste aparezca dotado en algunos momentos, no son las reivindicaciones obreras, con ser éstas todo su presente; no son las aspiraciones de un régimen social superior; es, ante todo, la preparación del proletario para que directamente, dentro de su esfera, vaya contribuyendo al cumplimiento del ciclo del capitalismo, a que tenga efecto su inevitable crisis y a que se presente en el ciclo histórico superior la posibilidad de un cambio evolutivo.

Esto es algo trascendente. El proletario, genuinamente marxista, debe sentir sobre sí la responsabilidad de que con sus actos, con su trabajo, con su actitud ante los desafueros patronales, no está defendiéndose tan sólo a sí propio o a sus compañeros; que actos, trabajo y actitud son inevitables jalones con los que habrá de ir facilitando la transformación económica del capitalismo.

La «acción directa» no es reproba-

ble tan sólo por conceptos morales, ni por el egoísmo de la conveniencia del obrero que en nada se beneficia con ella; es reprochable porque contribuye a provocar una reacción que retarda y aun puede lograr desviar el curso del capitalismo.

Todos tenemos que aportar nuestro esfuerzo a que la máquina ruede hacia el despenadero, del que habrá de surgir potente la nueva era típicamente liberal. Empujarlo con método, con sistema, es mucho más provechoso que oponernos a ella en su descenso, porque la máquina nos arrastrará, o, si el obstáculo es demasiado fuerte, desviará su ruta hacia un punto donde el precipicio sea menor, y menor el temor a su caída definitiva.

Rosa Luxemburgo prepara al trabajador, haciéndole conocer las leyes a base de las cuales se mueve la producción imperialista de las grandes naciones. Ella da armas para la lucha práctica, porque hace comprender las causas profundas de los movimientos de las masas populares. El capitalismo va triunfando. Y Rosa Luxemburgo, como todo marxista puro, quiere facilitarle el triunfo para derribarle mejor. Tenemos que oponernos al capital, pero desde el silencio de nuestra conciencia, adelantando la ley biológica de su caída. El proletariado nada puede ante el capital más que en una actuación política o social pasajera. No le es factible mantener ante él una permanente actitud de protesta. El capital le arrolla. Rosa Luxemburgo señala la acumulación del capital, la formidable teoría de Marx, convertida en realidad.

Polemista infatigable, lucha contra Otto Bauer y contra Bujarin. Socialdemócrata uno, comunista otro, Rosa Luxemburgo señala entre sus dos teorías la línea recta del marxismo, desviada por igual de la falsa «mecánica reformista» de Otto Bauer que del «capitalismo de Estado» de Bujarin. Lucien Laurat termina la obra de esta mujer con unas frases que son su mejor elogio: «Tras quince años de encarnizadas discusiones y de violentos ataques por parte de los socialistas de todos los matices, desde los más incoloros reformistas hasta los bolcheviques más ortodoxos, la teoría de Rosa Luxemburgo permanece íntegra e inquebrantable.» ¡Que esta teoría pueda guiar a la clase proletaria a través de las tempestades de la época imperialista!

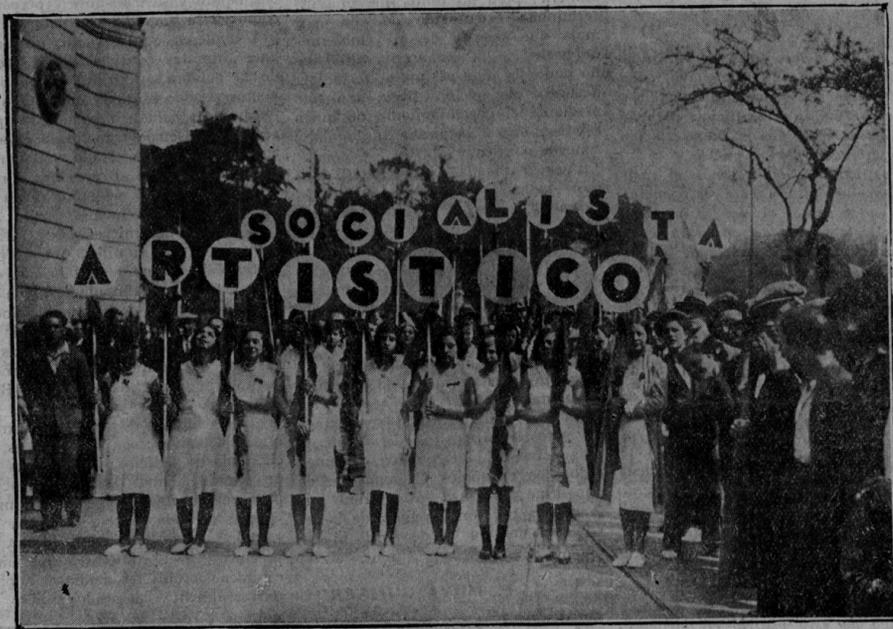
El voto a los veintinueve años

El Gobierno provisional ha reconocido, como no podía menos de hacer, que la juventud ha sido uno de los principales elementos que ha ayudado al triunfo de la República. Su actitud de franca rebeldía contra la dictadura contribuyó grandemente a que muchas personas indiferentes despertaran sus sentimientos políticos en favor del régimen republicano. En todo momento estuvo dispuesta a tremolar la bandera de la libertad, y siempre fué la vanguardia en aquellas campañas de agitación que durante el imperio borbónico-dictatorial llevaron a cabo los partidos de izquierdas, y muy especialmente el Partido Socialista. Esto, en cuanto se refiere a la juventud obrera y campesina. En relación con la juventud escolar, nadie ha olvidado cuán dignamente supo protestar en todas las ocasiones para, si no impedir, por lo menos publicar los atropellos que se cometían con la Universidad y con los hombres de ciencia más representativos. Actualmente la juventud, más unida y más disciplinada que nunca, sigue siendo la fuerza valerosa y enérgica que defenderá a la República de la reacción monárquica, si ésta pretendiera atacarla, ayudada por algún osado generalote.

Por el papel que la juventud ha desempeñado en los últimos tiempos a favor de la República; por el que está dispuesta a realizar y que a nadie se le oculta, y porque, además, entendemos nosotros que a los veintinueve años un hombre tiene desarrolladas todas sus facultades mentales, pedimos al Gobierno que conceda el derecho de votar a todos los ciudadanos a partir de esa edad.

Desde hace muchos años el Partido Socialista ha venido pidiendo a los Poderes constituidos que se atendiera este derecho de la juventud. Los Poderes de la monarquía desoyeron totalmente, como en infinidad de casos, esta justa petición. Ahora nosotros la pedimos con cierta esperanza. Y con nosotros la pide también toda la prensa que es expresión del sentir popular. No estamos conformes con que el disfrute del voto sea a los veintitrés años. Queremos que sea a los veintinueve, como en varios países de Europa. Y conste que no elegimos los más avanzados. En Alemania y Austria, por ejemplo, se puede votar desde los veinte años.

La juventud, que por temperamento es inquieta y renovadora, ha saqueado países en los cuales se le abrieron las puertas de la intervención política. Si se quiere sinceramente que España se europeice, se le han de abrir aquí también. No hay que temer nada. La juventud de hoy ya no es aquella juventud incapaz, fría o romántica de tiempos pasados. La juventud de hoy es idealista y entusiasta. Respira con satisfacción las corrientes modernas del mundo. Busca con interés la literatura de la Rusia revolucionaria. Digiere con facilidad nuevas doctrinas. No existe razón, a nuestro juicio, pues, para que se le impida votar. Al abogar nosotros por el voto a los veintinueve años, cosa que esperamos conseguir del Gobierno provisional de la República, tenemos la seguridad de que está a nuestro lado toda la juventud consciente de España.



Los Coros Socialistas de la Casa del Pueblo de Madrid ya no son sólo de Madrid. Han actuado en Manzanares, van a actuar en La Carolina, y todos los radioyentes de España han podido escucharlos por la Unión Radio el Primer de Mayo.

He aquí las chicas de los coros, que dieron una nota simpática a la manifestación de Madrid.

SIN DETENERSE

Ninguna victoria puede darse como definitiva; no se puede hacer un alto en el camino. Creerlo, pensarlo, es la derrota, y la derrota más necia e injustificada, porque fracasar por débil tiene, en la lógica de la fatalidad, la disculpa y hasta el consuelo; pero ser vencido porque se ha sido triunfador, y sólo y precisamente por eso, es absurdo. Y, sin embargo, la historia de la Humanidad, y dentro de ella y en primer término la de España, está llena de estos absurdos.

En efecto, basta abrir por cualesquiera de sus páginas el libro de nuestros más faustos sucesos para advertir que en cada uno de ellos se halla la causa de posteriores fracasos. Los siglos XV y XVI, con sus aparatosas victorias, con sus triunfos «definitivos», hicieron nula, cuando no negativa, la labor a realizar en los sucesivos, porque, a partir de entonces, y mientras la Historia corre, España no se aparta en un punto de ellos para mejor contemplarlos con mirada henchida de imbécil vanidad; y así sucede que, embobados aún con el descubrimiento de América, nos sorprende la pérdida de las colonias. Algo muy parecido ocurre con la Francia de la Revolución. Se ha vencido a un rey feudal y a su aristocracia. Se han conquistado los derechos del hombre; todos tenemos un puesto en el banquete de la vida. El triunfo es definitivo. Contemplémosle... Y contemplándole, la burguesía, organizada en fuerza de combate, nos sorprende y vence. Magnífica lección.

Ella nos dice que es preciso no detenerse, caminar a toda costa. El salto en las tinieblas es, con serlo mucho, menos peligroso que un alto en el camino de la lucha. A este respecto recuerdo la parábola del sal-

timbanqui: «La cuerda — dice Zaratustra — estaba tendida sobre el abismo. El equilibrista hallábase sobre ella... Difícil avanzar... Difícil retroceder...» Pero pararse... Pararse es fácil; pero es caer, morir.

Yo comprendo que este incansable caminar, esta necesidad de continua renovación, se nos antoje una ley dura, cruelísima, ya que parece natural que los pueblos o los hombres que algo crearon puedan gozar de la legítima satisfacción de detenerse a admirar su obra. Pero comprenderlo no es admitirlo, y yo no lo admito. En primer lugar, porque este razonamiento, esta disculpa que se dan los blandos, no puede existir sino sobre la base que la asientan: «creación», «creadores»; y es dudoso que se haya creado algo. Todo parece estar en vías de formación. Pero, aunque así no fuera, nunca serían los hombres los que tal acertaran a hacer; en todo caso, sería debido a un complejo de circunstancias, a factores imponderables, a la Historia, en una palabra. Por eso sólo los que la siguen encuentran obra, un algo, sea cual fuere. Y no os asuste la incertidumbre de este «sea cual fuere», que, con ser algo, ya no es el caos de la civilización burguesa.

Pues bien; todo esto a la España de hoy, a la República naciente, y, muy especialmente, al Socialismo. Hay que seguir en pie de guerra, hay que continuar avanzando. Hoy, al lado aún de la República, puesto que ella es lucha y camino hacia nuevos horizontes. Mañana, superándola. Y un día, tal vez no muy lejano, superándonos a nosotros mismos para ir más lejos, para seguir, como hasta aquí, incorporados a la Historia. No quiero poner fin a estas cuarti-

llas sin antes salir al paso de las dos principales objeciones que advino se me van a hacer. Es la primera de ellas que, tras de estos razonamientos de orden en un todo teórico, quizá intencionadamente teórico, abrigo el afán de una aproximación al comunismo. Puede que así sea, porque, en verdad, nunca he estimado que la misión del Partido Socialista sea convertirse en muro de contención de aquél. Nuestro no comunismo, aunque esto parezca paradójico, debe consistir en «hacer el comunismo». En otros términos: llegar a él por nuestra vía táctica, con nuestras organizaciones cultas y disciplinadas, para así ofrecerles lo que tal vez ellos, de seguir como hasta aquí, no sabrán por sí solos alcanzar nunca. Claro está que para conseguir esto no podemos cederles el puesto de vanguardia en la lucha de clases; de otro modo, serían ellos quienes lo hicieran con nuestros propios afiliados, y lo que es más triste, para hacerlo mal.

La segunda objeción posible, muy graciosa, por cierto, sería: «Pero ¿eso no es el caos?» El caos, señores de la burguesía, no es lo que ustedes suponen. El caos, en el sentido más metafísico, no es otra cosa que «la inactividad de toda ley». Por consiguiente, se hallan del mismo más próximas las sociedades de tipo estacionario que aquellas otras que, a impulsos del ideal u obediendo a imperativos o leyes fatalmente históricas, dan en evolucionar, y evolucionan; dan en barrerles, y les barren. Pero, por lo demás, no se asusten, señores de la charca, que el día que sean barridos como burgueses, será aquél en que nazcan a la vida como seres humanos.

José María SERRANO

POR LA REPÚBLICA SOCIALISTA

Nuevamente van a producirse en España acontecimientos que han de conmover a todo el país. Para mediados del próximo mes de junio están anunciadas las elecciones generales para Cortes constituyentes. Son éstas las primeras elecciones que van a celebrarse con el régimen republicano.

Ha sido tradicional en España que todas las elecciones, desde las menos importantes de concejales hasta las más trascendentales de diputados, fueran modelo de ilegalidad, de suciedad, de cinismo absolutista. Una farsa para conseguir que tras el espejuelo de la «legalidad», de la «democracia» mal entendida, medraran a sus anchas caciques y profesionales de la política, que, en unión de todos los nefastos reyes que ha soportado España, consiguieron arruinarla para siempre, sumiéndola en la más espantosa miseria.

Y esos hombres, esos caciques, esos cadáveres insepultos que aún no hace un mes despedían fétidos olores en las antecámaras regias y en los pasillos y salones de los ministerios, no pueden volver a ser representantes ni siquiera del más insignificante villorrio español. Esos funestos políticos cuyos nombres fueron en vida Romanones, Cierva, Berenguer, Cambó y demás comparsas no pueden ser representantes no de un partido político que no existe, sino ni aun de sus mismas personas, ya que sus vidas dependen ahora del pueblo, que, demasiado generoso, no se vengó en ellos de todos los crímenes y latrocinios que cometieron con él, abusando del poder que les concedía el amparo de un rey felón cuyo nombre quedará grabado eternamente en la historia como modelo de reyes asesinos, ladrones y mujeriegos, virtudes que heredó de su muy dignísimo abuelo.

Cayó la monarquía, y con ella el poder ilegal que ostentaban los asesinos del pueblo español. Con ella cayeron también todos los viejos politiquillos de España. Se verificó, por fin, la tan ansiada limpieza. El León español, tan excelentemente representado por Bagaría en sus carteles electorales, barrió para siempre todo lo viejo, haciendo que el porvenir brinde sus dulzuras y sinsabores a la juventud.

Y somos nosotros, los jóvenes socialistas, los que en estos momentos, en que España está forjando un nuevo orden de cosas, tenemos una gran misión que cumplir. Porque hay que tener en cuenta que ningún partido político, por muy numerosos que sean sus cuadros de afiliados, tendrá fuerza capaz para desarrollar su programa si no cuenta con una vanguardia fuerte, decidida, que lleve siempre la iniciativa en los ataques.

Ahora vamos unidos con las fuerzas republicanas, tanto de la derecha como de la izquierda más extremista. Pero una vez consolidada la República, nosotros hemos de continuar nuestra misión. No nos conformamos con una República burguesa; queremos más. Queremos la República socialista, en la que sea posible realizar nuestras aspiraciones socializando los medios de producción y de cambio, con lo que se conseguirá que de una vez para siempre desaparezcan las odiosas diferencias de clases, y amos y esclavos, patronos y obreros, no ostenten más que un solo título, el más honrado y digno que puede ostentar un hombre: ciudadano.

En estos momentos estamos unidos con los republicanos. Pero no se olvide que ellos se paran en cuanto consiguen el afianzamiento de la República. Y al pararse ellos, nosotros, espíritus revolucionarios por excelencia, nos convertiremos entonces en sus enemigos; seremos otra vez las dos clases en pugna: explotadores y explotados, opresores y oprimidos.

Y mientras ese día llega, nosotros, los jóvenes socialistas, los revolucionarios por antonomasia, no debemos descansar un momento. Para todo hay que estar capacitado. Sin cultura nada se consigue. Vamos, pues, a capacitarnos, para que cuando suene la hora de la justicia social seamos nosotros los que, derrochando entusiasmo y valor, derroquemos para siempre a la burguesía, como lo hemos hecho ahora con la monarquía, y proclamemos la República socialista, expresión de la verdad, de la libertad y de la justicia.

I. RODRIGUEZ MENDIETA

La unión de los trabajadores llevará la paz al mundo. — ANATOLE FRANCE



## Las Juventudes y el Partido

El problema es de siempre.

¿Hasta dónde puede ir la actividad política de las Juventudes Socialistas? ¿Dónde empieza la soberanía política de las Agrupaciones Socialistas de adultos?

El Congreso de Hamburgo, que reconstituyó en 1925 las Juventudes Socialistas, destruidas por la escisión comunista, ha contestado al problema. El papel de las Juventudes Socialistas ha de limitarse a estos cuatro puntos:

Educación socialista de la juventud.

Protección de la juventud obrera.

Lucha antimilitarista.

Organización de los recreos obreros.

Parece que este programa prohíbe a las Juventudes Socialistas toda clase de actividad política. Pero ninguna de las organizaciones nacionales, tanto del Partido como de la Juventud, lo ha interpretado así. Únicamente en Francia se han sometido las Juventudes a un reglamento que hace de aquellas meras organizadoras de bailes y de deportes.

Debemos reconocer que el Partido Socialista es en cada país, y así debe serlo, la única expresión política de la clase proletaria. Y sería intolerable que frente a los problemas que plantea a diario la vida nacional pudiese haber en cada país dos opiniones socialistas: la opinión de los adultos y la opinión de los jóvenes. Y esto ocurriría casi siempre si los dos organismos discutieran separadamente los mismos problemas, porque, por un lado los entusiasmos y las inconsecuencias de la juventud, y por otro la experiencia y a veces la timidez de los adultos, llegarían a concretarse en manifestaciones diferentes.

Pero si estas razones indujeron al Congreso de Hamburgo a prohibir la acción política de las Juventudes Socialistas como tales Juventudes, no significa esto que los jóvenes deben perder la menor ocasión de manifestar su criterio como tales jóvenes socialistas.

Es más: el programa de Hamburgo es la mayor garantía para que prevalezcan en la realidad de los hechos las soluciones propugnadas por los jóvenes socialistas. Porque de este modo, en vez de perder el tiempo dentro de las Juventudes en discusiones estériles, que nunca prevalecen, como es natural, frente a la opinión de los afiliados al Partido, están obligados los jóvenes socialistas que quieren actuar en política a hacerlo dentro de las Agrupaciones, cuyo pensamiento debe ser la síntesis de esos entusiasmos, de esas audacias de los unos; de esa experiencia, de esas timideces de los otros.

¿Quién puede negarlo? Únicamente aquellos que, sufriendo de un prurito de oratoria, quieren brillar en las Juventudes, exponiendo problemas que no están aún al alcance de los jóvenes; pero que no se atreven a llevarlos a las asambleas del Partido, donde saben que han de enfrentarse con militantes educados, plenamente conscientes y debidamente asesorados.

Las discusiones de temas políticos dentro de las Juventudes no sirven más que para la satisfacción de los oradores. Y las energías que éstos desgastan en las Juventudes son energías restadas al espíritu juvenil. Dentro del Partido es donde se resuelven las cuestiones. Que no se quejen los jóvenes socialistas cuando el Partido no siga las normas que ellos desearían si han renunciado de antemano a influir en esas normas, renunciando a intervenir en las libres discusiones de las Agrupaciones.

Han de ser las Juventudes, ante todo, escuela de socialistas, y desde este punto de vista tienen un papel importantísimo, que no siempre reconocen los compañeros del Partido.

Siempre ha habido en los Partidos Socialistas militantes de tres categorías, según las vías por las cuales han venido al Socialismo:

Hay militantes de formación familiar: los que desde pequeños han oído siempre hablar de Socialismo, y que serán socialistas toda la vida. Estos son el baluarte del Partido.

Hay militantes de formación doctrinal: los que han querido saber lo que es el Socialismo, y saben lo que han de hacer y lo que han de abstenerse de hacer. Estos son la fuerza del Partido.

Y hay militantes de formación electoral: los que vienen al Partido más por ambiente que por conciencia, y alguno que otro que viene al Socialismo no para servirle, sino para servirse de él. Estos son el peligro del Partido.

Es limitado el número de formación familiar.

Puede ser inmenso el número de militantes de formación electoral; y para que estos individuos no sean un peligro para el Socialismo es preciso aumentar el número de militantes de formación doctrinal. Y ésta es la misión de las Juventudes. Para llevarla a bien, nunca los militantes del Partido harán bastante en pro de las Juventudes Socialistas.

Pero ¿qué entendemos nosotros por educación socialista?

Hay ilusos que se figuran que basta para ser socialista el leer muchos libros doctrinales, y no hace mucho tiempo vimos en las Juventudes de Madrid individuos que se sabían de memoria capítulos enteros de «El capital».

Eran marxistas, decían, y se figuraban que eran socialistas. Pero no sabían que el mismo Marx decía que no era marxista, y que nunca ha querido concretar el marxismo en un programa inmóvil de un momento. Porque el marxismo no es una doctrina; es un sistema de interpretación de los hechos. Y el programa de un momento no tiene nada que ver con el marxismo, cuya superioridad reside precisamente en que siempre domina los acontecimientos más imprevistos.

No puede consistir, por lo tanto, la educación socialista de la juventud únicamente en un trabajo de biblioteca. Es preciso examinar a las luces del marxismo los más mínimos acontecimientos de la vida de cada día. Y no pueden hacer las Juventudes educación socialista verdadera sin examinar los problemas políticos de todos los momentos.

Pero es éste un trabajo de crítica, que no ha de confundirse con el trabajo de realización reservado al Partido.

Pertenece a la Juventud enfocar el problema y decir teóricamente cómo ha de resolverse en sentido socialista. Pertenece a las Agrupaciones — y dentro de ellas, a los jóvenes y a los adultos — decir cómo ha de resolverse dentro de las posibilidades del momento.

En los momentos actuales, el Partido Socialista realiza una labor política que no es una labor socialista íntegra. Los jóvenes socialistas tienen el deber de acatar la ley de la mayoría del Partido, que es la ley de todos en un núcleo disciplinado.

Pero las Juventudes Socialistas, como tales Juventudes, tienen el deber de enfrentarse con todo lo que no es el Socialismo, únicamente el Socialismo. Porque tienen la responsabilidad de formar militantes no para el presente, no para las circunstancias políticas de ahora, sino para el porvenir y para las circunstancias que desconocemos.

Hay que dar a las jóvenes generaciones una educación socialista, nada más que socialista. Y esa educación les permitirá adaptarse sin someterse a las circunstancias del momento, y realizar el Socialismo cuando las circunstancias lo permitan.

Antonio CABRERA

TODO LOS DIAS  
LEED "EL SOCIALISTA"

## CON LAZO



Hemos leído en varios diarios que las primeras adhesiones de elementos militares recibidas por el Gobierno provisional de la República han sido las de los nefastos hermanos Berenguer.

Suponemos el concepto que las tales adhesiones merecen al pueblo español, y que han servido solamente para manchar la naciente República, y recordamos al Gobierno que estos hermanos tienen que rendir cuentas de su trágica actuación, y que no estará de más que el fiscal de la República o quien corresponda desentrolve el expediente Picasso y las condenas que en virtud de él se dictaron, y sepamos los españoles si fueron justas la condena y la amnistía.

\*\*\*

También hemos leído en varios periódicos que el día 1 de mayo, cuando paseaba el general Burguete por calles próximas a las fijadas para hacer el recorrido por la manifestación, fue vitoreado por el pueblo.

Nos choca. No negamos el rasgo enérgico de última hora del general; pero no podemos olvidar su actuación durante la huelga del año 1917, cuando calificaba a los obreros de «almirantes» y se lamentaba de no poder hacer un escarmiento ejemplar, y opinamos que si alguien le vitoreó no sería trabajador, y si alguno lo hizo, antes de repetir el hecho le recomendamos que se informe de los trabajadores asturianos.

\*\*\*

Ya que hablamos de manifestaciones, conviene aclarar que existe gran diferencia entre los elementos designados para presidirlas y los que, sin que nadie les diga una sola palabra, se colocan en las presidencias, aprovechando el momento para su lucimiento personal.

Algo de esto ocurrió en la manifestación del Primero de Mayo celebrada en Madrid, donde vimos a elementos que durante ocho años, unos desde la península y otros desde el extranjero, lanzaron contra los socialistas toda clase de calumnias y falsedades, y ahora, con la misma desvergüenza que entonces, olvidan su actuación y se colocan al lado de nuestros compañeros en los actos públicos de carácter eminentemente socialista.

Recordamos a estos elementos que los socialistas no somos rencorosos ni vengativos; pero cuando se nos ha insultado canallescamente, o se rectifica públicamente, o se prueban los conceptos vertidos; y si así no se hace, estamos dispuestos a desenmascarar a quien cobardemente nos increpó ayer y hoy nos lame los pies.

\*\*\*

El día 1 de mayo hubo disturbios de importancia en Barcelona y Bilbao, que lamentamos, y mucho más porque sabemos quiénes son los responsables.

En lo que se refiere a Bilbao, fue uno de los responsables un orador que tomó parte en el mitin celebrado por los comunistas (?), llamado Vicente Arroyo, quien, empleando procedimientos canallescos, insultó a nuestro querido compañero Prieto.

¿Qué desvergüenza!  
¿No conocen nuestros lectores a Arroyo? Algunos seguramente que sí; pero para los que no se encuentren en este caso hemos de decirles que se trata de un desvergüenza, al que le sería muy difícil probar de qué vive, y que de la organización madrileña fue separado por ladrón.

Quien lo dude puede pedir informes a la Sociedad de Ebanistas, de Madrid.

\*\*\*



## La revolución y sus fines

La revolución en nuestro país, como la guerra en los regímenes burgueses, es y ha sido una razón suprema. La revolución española no ha sido la fuerza que se ha decorado con apariencias de justicia, mediante la instauración de un Gobierno que parece regular al país. No. Nuestra revolución ha sido otra clase de revolución. No ha sido de las usuales. He ahí su novedad. Cuando la revolución merece el nombre de razón suprema, es un acto por el cual la justicia adquiere la fuerza que era detentada por la parte contraria a ella — en el caso de nuestra nación, por el viejo régimen monárquico y absoluto — sin justicia y sin normas, ni siquiera de derecho, en que aparentemente basarla. «Como no es posible que la justicia sea fuerte — dijo Pascal —, hay que hacer que la fuerza sea justa.» Nosotros, los españoles, no hemos necesitado de esa fuerza a que hacía mención Pascal en el apotegma arriba citado. El milagro de nuestra revolución se ha verificado más popularmente. Nuestra revolución — la del 14 de abril — se efectuó de una manera excelsa. Ha sido la revolución española un acontecimiento original y excepcional en los anales de la Historia. La justicia destruida de los Gobiernos de la monarquía de Alfonso XIII ha vuelto a sus cauces puros — lo que debe ser y representar la justicia en los países civilizados —, amparada no por la fuerza de las armas, sino por la soberanía nacional — la más grandiosa emanación del poder, pues es el más legítimo e indiscutible —; y esa fuerza, como antes hemos dejado consignado, la representaron y la representan los votos emitidos por los ciudadanos en las elecciones municipales el día 14 de abril.

La política es siempre una cosa efímera; pero no tanto que una determinada orientación de ella, por mala que sea — la de los Gobiernos de hecho de la monarquía alfoncina no pudo ser más pésima —, puede ser deshecha de un día para otro sólo mediante el desalojamiento de quien representaba e inspiraba tan mala y funesta política.

Pues fracasada — como antes decimos — la ley y el régimen que la encarnaba, la revolución fue indispensable, y sus instigadores — ahora no nos referimos al pueblo, sino a los directores del movimiento —, dueños de una situación de hecho, han tenido la clarividencia de convertirla inmediata y rápidamente en una situación de derecho.

Conservando intacta cada uno la autonomía de su juicio — la juventud socialista debe estar muy atenta para mantenerlo — y su acción respecto a los actos y propósitos del Gobierno provisional de la República, debemos todos los españoles el homenaje de una firme esperanza — esto último que manifestamos son los fines de la revolución del día 14 de abril — limpia de temores y recelos.

F. MOYA GUIJARRO

## Hemos escrito al ministro de la Guerra...

Madrid, 27 de abril de 1931.

Ciudadano ministro de la Guerra. — Presente.

Distinguido amigo: Con gran satisfacción vemos el propósito de hacer una intensa labor de difusión republicana en los cuarteles para formar la conciencia precisa, tanto en la oficialidad cuanto en la tropa.

Pero creemos es difícil, a elementos que hasta ahora han sido monárquicos, el hacerla con el debido calor y entusiasmo. Por ello, la Comisión ejecutiva de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España ha acordado dirigirse a usted brindándose a intervenir en estas conferencias, en la seguridad de que el fruto, no tanto por nuestros conocimientos, cuanto por el entusiasmo, habría de ser mucho más eficaz.

En espera de una grata respuesta de usted, quedamos suyos y de la causa de la República.

... aún no nos ha contestado.

El alcalde de Madrid está preocupado en la organización de grandes fiestas para la celebración del advenimiento de la República.

Conviene no perder el tiempo, ciudadano Rico. El pueblo agradecerá las fiestas; pero agradecería más que el dinero que se empleará en ellas se destinara a cosas de más importancia.

Es necesario que los Ayuntamientos no inviertan ni un solo céntimo en cosas superfluas. No deben los actuales Ayuntamientos parecerse en nada, ¡en nada!, a los de la dictadura.

¿Nos hará caso el alcalde? Gracias. D. Pedro.

Ante el gobernador de Madrid se han presentado varias denuncias por compañeros nuestros detallando algunas anomalías en distintos Ayuntamientos.

Tenemos entendido que por lo que a él se refiere pone todo su interés en atender a los denunciantes; pero no le ocurre lo mismo al secretario, Sr. Pastrana, al que con cierta frecuencia se le extravían documentos y no pone gran interés en aclarar algunas denuncias.

¿Sabe esto el señor gobernador?

son por sí mismos de ninguna utilidad social. No es difícil concebir una sociedad con alto grado de cultura y de civilización en la que, no obstante, la moneda no sería empleada. Bastaría con que los hombres adoptaran otra forma de distribuir los productos de su trabajo y las riquezas naturales. Si hipotéticamente suprimimos todo el oro y todo el papel moneda que existen sobre la tierra, veremos que los intereses privados de muchos hombres son momentáneamente trastornados; pero la riqueza total del mundo, en su conjunto, no será en nada disminuida. Por lo tanto, la moneda, considerada en sí misma, no satisface ninguna de las necesidades humanas. El oro no se emplea en las comidas, ni en la calefacción, ni en los trajes, ni en la construcción y adorno de las casas, ni en el cultivo de la tierra, ni en la construcción de máquinas. Hemos llegado poco a poco a considerar el oro como el signo representativo de todos los valores; pero por sí mismo no constituye un valor sino en las raras industrias que lo emplean como primera materia. La cuenta de un Banco no es otra cosa que cierta cantidad de moneda depositada que el deposti-

## DIVULGACIONES

## PARA SER SOCIALISTA

(Continuación.)

La buena distribución del trabajo común exige que entre ellos el mando sea ejercido por los más dignos de llevarlo a cabo; pero este mando será en beneficio común, no en honor y provecho personal del que lo ejerza. Nuestro propósito no es remunerar su mérito, que es la resultante de la obra de la Naturaleza y del esfuerzo acumulado de la civilización, sino utilizarlo en beneficio de toda la colectividad. No serán jefes en el sentido estricto de la palabra, sino trabajadores como los demás, asociados unidos en la misma obra con sus hermanos de trabajo, poniendo cada uno todo su esfuerzo en la consecución del mismo objeto, que es el bienestar igual y la dicha común de los hombres.

\*\*\*

Por una revolución semejante a la realizada por nuestros antepasados, implantaremos nosotros la razón y la justicia allí donde hoy reinan el privilegio y el azar. En la República del Trabajo no habrá distinciones sociales, sino solamente clasificaciones profesionales. Estas clasificaciones tendrán por único fundamento la aptitud personal propia de cada individuo, que nace y se extingue con él. La sociedad presente, al contrario, descansa esencialmente sobre la división en clases: clase de poseedores y clase de proletarios, y esta división tiene por principio el capital, puesto que aparece con la posesión del capital y se transmite y perpetúa, como ya se ha visto, con éste.

Y al llegar aquí creemos necesario hacer algunas consideraciones acerca de la palabra «capital», de que nos hemos servido tantas veces. ¿Qué es, pues, ese talismán mágico, cuya presencia o ausencia transforma nuestra condición, nuestro estado, toda nuestra vida? ¿Cómo se presenta a nosotros, cuál es su origen o razón de ser, de qué es hecho?

Si yo digo que mi vecino es un rico capitalista, ello significa que es propietario de tierras o de fábricas, que posee lo que actualmente se llama valores mobiliarios — acciones de Sociedades o rentas sobre un Estado —, que tiene grandes sumas colocadas en casa de su banquero o en poder de su notario y muchos billetes de Banco u oro en su caja de caudales. El oro y los billetes de Banco no son riquezas efectivas; son monedas, es decir, valores ficticios, imaginados en un estado lejano de la civilización para representar los géneros y mercancías de toda especie y facilitar su cambio y conservación. Los metales preciosos y el numerario son en el régimen actual los medios de pago universalmente adoptados; pero no

tario, o sea el Banco, se compromete a entregar cuando lo pida el que hizo el depósito. Las rentas y las acciones no son otra cosa que monedas de valor variable que producen un interés anual. El origen de la cuenta es un depósito previo de numerario; el origen del título de renta o de la acción es una operación de cambio del valor mobiliario contra cierta cantidad de oro o de billetes. Toda esta primera categoría de capitales no representa, pues, en forma simple o complicada, directa o indirecta, sino la moneda y sus diversos modos de transformación.

Si nos fuera posible conocer los orígenes de ello, llegaríamos fácilmente al convencimiento de que en la mayoría de los casos la posesión del numerario, en sus múltiples formas, no corresponde de ningún modo al trabajo personal de quien lo posee, y que este valor ha sido creado por el trabajo de los demás. Pero yo prefiero insistir sobre el hecho esencial, o sea que se trata únicamente de un valor imaginario, de un valor convencional; que nosotros, hombres, jugamos con la moneda al igual que vemos jugar a los niños con piedrecillas, y que se podría suprimirla de un plumazo sin que la verdadera consistencia del mundo cambiara, sin que la suma de riquezas efectivas que éste engendra para las necesidades humanas disminuyera en lo más mínimo. Se nos ha asegurado muchas veces que el capital, en esta primera forma, era indispensable para la vida de las sociedades. ¿A qué función vital de éstas se hace necesario? Hablar así, como se hace diariamente, es producir una pueril confusión entre los mismos capitales y los productos o mercancías de todas clases que en la economía actual están representados por dichos capitales y sólo por éstos permitida su adquisición. Los capitales no son necesarios, y sólo pueden parecer indispensables en virtud de una ficción, de un convenio universal. Repito que no es el dinero con lo que se monta una fábrica o se convierte en productivo un terreno que no lo es, sino con materiales o herramientas que el dinero no ha creado y que sin él existirían. El pago de salario no se hace, en realidad, con dinero, sino con géneros de todas clases que se cambian hoy por dinero; pero que se producen sin él y que podrían ser distribuidos por otro medio. Para apreciar la importancia relativa del trabajo y de los capitales de cambio, basta pensar que la retirada de todas las riquezas monetarias que existen en el mundo podría paralizarse un solo día, sin paralizar a la vez la vida universal, el trabajo unánime de los hombres. Sin embargo, la posesión de este signo convencional, de este simulacro, asegura a los venturosos elegidos, al igual que en los cuentos de hadas, todos los placeres y satisfacciones: el derecho a no contribuir con su trabajo en la común labor del mundo, el derecho de imponer grandes tributos a lo que produce el trabajo de los demás, el derecho de que prevalezcan su fastuosidad y su pereza sobre el exceso de trabajo y la miseria de la multitud. Nuestros ojos y nuestro espíritu se han acostumbrado a este espectáculo y hemos llegado a considerarlo como cosa natural, cuando en realidad es tan absurdo como injusto.

Y pasemos a la segunda clase de los capitales: la tierra, el suelo y el subsuelo; las fuerzas que oculta, los edificios que la cubren, los artefactos de todas clases de que la ha poblado la industria humana. Esto es otra cosa: este capital es real. Representa nuestro verdadero patrimonio, nuestra verdadera riqueza, y es tan indispensable para nuestra vida como el trabajo, puesto que éste se aplica a esta clase de capital, valorizándolo. Estas riquezas comunes de la tierra son la condición de nuestra existencia; la incansable labor humana las ha creado en parte, y en parte también las ha modificado, y si el porvenir puede prométernos cada vez mayor bienestar, ventura y seguridad, es a causa de la explotación más justa y sabia de esas riquezas. Pero si esto es así, ¿cómo es posible concebir que lo necesario a la totalidad de los hombres sea de la exclusiva propiedad de algunos? ¿Dónde están sus títulos?

El capital útil del mundo es, por una parte, don gratuito de la Naturaleza, y por otra, la herencia del trabajo secular de la Humanidad, ya que todas las generaciones que se han sucedido sobre la tierra han añadido su parte. ¿No tenemos todos el mismo derecho a las riquezas naturales? ¿No somos todos al nacer propietarios de ellas, iguales e indivisos, como lo somos del aire y de la luz? Tenemos todos el mismo derecho y el mismo deber: mantenerlas y acrecentarlas en la medida de nuestras fuerzas. Podríamos preguntar, repitiendo la frase de un poeta: ¿Cuándo hemos vendido nosotros, como Esaú, nuestra parte de herencia!

León BLUM

(Continuará.)

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.